

Rendezvous de Otoño

UNA VIÑETA DE CANDY-CANDY: HISTORIA DEFINITVA DE KEIKO NAGITA

Adaptación por Josephine Hymes.



Fanart de Grecialica

El insípido sol otoñal había llegado al cenit, pero no engañaba a nadie. Los cálidos días de verano habían desvanecido. Las nubes iban cubriendo el cielo, dando apenas lugar a una luz blanquecina y opaca que apenas si proporcionaba su incipiente calidez a los dos jóvenes sentados en el césped. Terrence levantó la vista, visiblemente molesto, tanto por la inminente llegada de los días fríos como por el contenido de la carta que acababa de terminar de leer. Él y su joven amiga compartían la noticia mientras disfrutaban de un fugaz momento de mutua compañía durante el descanso del mediodía.

El muchacho bajó la vista hacia la página y repasó algunos de los pasajes. La chica que estaba a su lado, apoyada sobre sus codos, medio recostada en la Segunda Colina del Pony, lo miró una vez más. La verdad es que apenas podía apartar los ojos de él cuando estaban juntos; especialmente cuando la atención de él parecía estar centrada en otra parte y ella podía mirarlo con más libertad.

RENDEZVOUS DE OTOÑO

—África está muy lejos, ¿no es así, Terry?— alcanzó a comentar ella, desviando la mirada de su compañero, —Sin embargo, no importa la distancia, el Sr. Albert me dijo una vez que cuando dos personas se estiman. . . — suspiró, incapaz de terminar la frase.

—Bueno, Albert me parece una persona que necesita estar en constante movimiento— respondió el joven, dejando la carta a un lado y girándose para ver a Candy —debe tener libertad para irse cuando quiera para ser verdaderamente feliz, supongo. Sólo piénsalo, Candy, con todos esos animales corriendo libremente en la sabana, él debe estar en el tercer cielo. Yo creo que el Sr. Albert es un amante de la libertad. . . Admiro eso en él.

— Supongo que tienes razón— admitió Candy aún reacia a reconciliar la naturaleza inquieta de Albert con él deseo que ella tenía de disfrutar de su amistad y consejos de manera más constante — Imagino que debo tener paciencia. Algún día lo volveré a ver— concluyó tratando de mantener un tono ligero en su conversación.

La joven se tumbó en el césped, inmersa en sus propios recuerdos acerca de sus repetidos encuentros y abruptas despedidas con su misterioso amigo. Era algo triste tener que separarse de aquellas personas que amaba, como Albert, La Señorita Pony, La Hermana María. . . Tantos más. Era como si la vida fuera una serie continua de separaciones. Ese hecho de la vida contrariaba sus inclinaciones gregarias. Sin embargo, la joven no puso esos pensamientos en palabras para que Terry los escuchara. En cambio, ambos se tumbaron en el césped, uno al lado del otro, mirando en silencio el cielo que se empezaba a teñir con los colores neutros del otoño. Los jóvenes hacían eso a menudo. Podían permanecer juntos durante largos minutos sin decir nada en particular y, aun así, se sentían totalmente a gusto con la presencia del uno con el otro. Candy pensó entonces que Terry era la única persona en el mundo con quien podía compartir un silencio tan cómodo. Aquello era algo extraño. Aunque normalmente sentía una necesidad urgente de hablar con cada alma viviente que la rodeaba, no se oponía a quedarse callada por un momento si era con él.

Una suave brisa movió los rizos sueltos de Candy y trajo un suave perfume a su nariz. Reconoció la débil fragancia de las pocas flores que aún cubrían la Segunda Colina del Pony. La niña reconoció que la alfombra del verano estaba a punto de marchitarse y una repentina nostalgia se apoderó de su corazón.

—*Ha sido un verano maravilloso*—, pensó, volviendo inconscientemente los ojos para ver a Terrence. El joven parecía perdido en sus propios pensamientos.

—*Él siempre es así*— sonrió para sí misma —*como si no le importara que yo esté aquí, pero no puede engañarme, ya no. Recuerdo claramente lo que me dijo la última vez que estuvimos en su villa: Dijo casualmente, como de pasada: << ¿Sabes Candy? Ahora*

RENDEZVOUS DE OTOÑO

que regrese a Londres, extrañaré estar al aire libre después de haber pasado aquí todo el verano. Creo que pasaré los recesos del mediodía en la Segunda Colina de Pony para sentirme menos enclaustrado>> Candy tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse de ese recuerdo –Como si no fuera a entender sus indirectas– pensó. . .

– *Por eso me veo con él aquí desde que regresamos al colegio–* continuó la joven con sus reflexiones, –*¿Será que esto parece como un rendezvous clandestino? . . . No lo creo–* primero descartó la idea, pero pronto tuvo que admitir, al menos para sí misma, que su encuentro diario con Terry parecía una especie de cita romántica. –*Si no es así–* argumentó para sus adentros –*Por qué me pongo nerviosa cada vez que vengo hacia acá para verlo?*

Los ojos de Terrence, que parecían estar fijos en un punto distante en el horizonte, se volvieron para encontrarse con los de ella por un breve momento. Sonrió rápidamente, casi de manera imperceptible. Luego, levantó su torso, apoyando su peso en su codo izquierdo, y usando el índice de su mano derecha rozó la punta de la nariz de Candy.

–*¿Sabes lo que estaba pensando? –* preguntó de repente.

–*¿Cómo voy a saberlo, tonto? No leo la mente de la gente–* dijo ella sonriendo juguetonamente – . . . pero siendo que tú mismo lo mencionaste, supongo que quieres decírmelo– añadió ella alzando una ceja.

–*Bueno–* comenzó él, arrancando casualmente una espiga entre la hierba del suelo, "me preguntaba acerca de esta enfermera que Albert menciona en su carta".

–*Y . . . –* lo incitó a continuar, cambiando de posición para sentarse mientras apoyaba los codos en las rodillas.

–*Quiero decir, si ella realmente se parece a ti, estoy seguro de que tiene la nariz respingada y siempre se está metiendo en problemas, igual que tú–* concluyó mientras rápidamente esquivaba el puño juguetón de Candy, que pretendía tomar represalias por su comentario.

–*Claro que sí–* se rió Candy. Se había acostumbrado a sus bromas, que ahora le parecían su forma afectuosa y privada de hablarle. Sin embargo, algo en el comentario de Albert sobre su amiga enfermera de repente la hizo ponerse seria –*Ahora que lo pienso–* dijo luego –en cierto modo la admiro. Quiero decir, es muy valiente de su parte ayudar a la gente en África ¿No crees? Seguramente se trata de un tipo de trabajo tan desafiante como valioso.

RENDEZVOUS DE OTOÑO

Por un momento los ojos de la jovencita se perdieron en un punto lejano e invisible, y Terrence comprendió que estaba buscando las palabras para decirle algo importante para ella. El corazón del joven dió un vuelco, como siempre ocurría cada vez que ella le hablaba de sus recuerdos y sus sueños para el futuro.

—Sabes, Terry— dijo finalmente rompiendo el silencio, — en el Hogar de Pony, cuando alguno de los niños se enfermaba, siempre era motivo de gran preocupación.

Terrence notó una sombra que nublaba sus ojos que de otro modo serían brillantes y no pudo evitar sentir una punzada en el pecho.

—Estar enfermo siempre fue un problema— continuó —porque no había ningún médico en el pueblo y se tarda demasiado en llegar a La Porte, donde hay una clínica. Recuerdo que una noche, cuando yo era sólo una niña pequeña, tuve fiebre y mis dos maestras estaban a punto de llorar. Supongo que las pobrecitas no sabían qué hacer— dijo Candy, su voz casi un susurro.

Terrence frunció el ceño preocupado. Sabía que un niño con fiebre persistente podía morir fácilmente. . . ¡Ella podría haber muerto esa noche! El mero pensamiento le provocó que un escalofrío le recorriera la espalda.

—Tuve suerte esa vez— continuó Candy, sin notar las miradas preocupadas de Terry, —pero otros niños... A veces las cosas no terminan tan bien, ¿entiendes lo que quiero decir? — ella le indicó, incapaz de decir en voz alta que otros niños habían muerto —Recuerdo que la hermana María siempre lamentó no tener ninguna formación como enfermera y yo, siendo sólo una niña, no podía ser de ninguna ayuda. . . Ojalá hubiera podido ayudar en algo— repitió con nostalgia, su voz triste cortando como un cuchillo el corazón de Terrence.

—*Candy!* — pensó Terrence —*¡Qué irónica puede ser la vida! . . . Eres siempre tan vivaz y dulce que casi no puedo creer que hayas vivido tantas dificultades. Este es otro ejemplo más de ellas. Pensar que pasaste la infancia sin la atención médica adecuada cuando la necesitabas, mientras que yo siempre tuve médicos y enfermeras que me cuidaban. . . sin embargo, ninguno de ellos podía igualar el amor que te brindaron tus maestras. Me pregunto quién de nosotros dos tuvo peor suerte.*

Terrence bajó la cabeza, recordando su propia infancia, con una mezcla de dolor, ira y resentimiento.

—*Una simple tos y el pediatra correría hacia mí para averiguar si algo pasaba— seguía pensando Terrence— Esa ha sido mi vida como hijo de Richard Grandchester, siempre*

mimado y echado a perder con todo lo que el dinero podía comprar. . . y, sin embargo, las atenciones que los empleados y una legión de aduladores pueden brindar son como oropel barato . . . Uno no puede sentirse verdaderamente amado cuando todo el mundo sólo lo adula, buscando engañosamente su favor.

En su mente, Terrence revivió en un segundo los muchos momentos de su miserable infancia, atrapado entre la indiferencia de su padre, el odio abierto de su madrastra, la ausencia de su verdadera madre y las atenciones de manos mercenarias carentes de afecto . . . Siempre bajo la tutela de sirvientes o abandonado en un internado severo y frío, el joven había alimentado un profundo resentimiento que amenazaba con estallar a la menor provocación. Como recientemente había aprendido a ver a su madre con ojos más indulgentes, ahora estaba canalizando toda su ira hacia su padre. La visita que le había hecho el duque en los últimos días no había hecho más que alimentar exponencialmente su animosidad.

—Si tan sólo mi padre hubiera amado a mi madre como debería— pensó Terrence con desaliento — . . . *Si tan sólo ellos dos hubieran estado a mi lado. . . Si tan sólo mi padre entendiera el dolor que causó—* seguía cavilando el joven en su corazón, sintiendo como si la sombra de su padre lo oprimiera, incluso ahora que estaba distante— *¡Maldita sea mi estampa! ¿Cómo puedo seguir dependiendo de un hombre así?*

Sin que Terrence lo supiera, su ira había ido aumentado hasta el punto de que inconscientemente había roto la espiga con la que había estado jugando. El joven se percató de que era vergonzosamente irónico que en el momento anterior estuviera pensando en la desafortunada infancia de Candy, y sólo le hubiese tomado un segundo volver a sus habituales pensamientos amargos sobre su padre.

—¿Debo ser siempre tan egoísta? — se preguntó el joven. *—Mientras que ella. . . —* Miró a Candy una vez más. La jovencita se había dejado sumir en el silencio por un rato, dejando que el tímido sol volviera a entibiar sus pensamientos. Tan sólo un segundo antes, los recuerdos tristes de la joven habían ensombrecido sus ojos verdes. Sin embargo, su carácter alegre parecía haberle devuelto el usual talante plácido de su rostro.

—¿Como logra hacer eso? — Se preguntó Terry para sí *—Antes de conocerla, estaba tan absorto en mi propio dolor; prácticamente en camino de convertirme en un cínico amargado. Sin embargo, cuando estoy con ella, incluso si me siento deprimido, como ahora, no puedo quedarme así por mucho tiempo. Ella aviva una calidez en mi corazón, como nadie en el mundo. Realmente no entiendo lo que hice para merecerla, pero esto sí sé: ¡No cometeré los mismos errores que cometió mi padre! Ahora que la encontré, sé que ella es mi alma gemela, con quien quiero compartir mi vida. Dedicaré el resto de mi vida a hacerla feliz—* juró, incapaz de comprender del todo cómo semejante juramento lo llevaría a emprender una larga y dolorosa jornada, antes de poder finalmente cumplir su promesa.

RENDEZVOUS DE OTOÑO

A pesar de su incapacidad para ver el futuro, el joven Terrence supo instintivamente que algo importante acababa de suceder. Sintió que su pecho iba a explotar con las poderosas emociones que Candy evocaba en él y deseó nuevamente tener el coraje de abrazarla fuertemente. Sin embargo, sólo logró mirarla, acariciando su breve perfil con su alma. Fue entonces cuando, por un breve momento, sus ojos traicionaron todos los tiernos sentimientos que guardaba para ella.

Candy no se giró para verlo a los ojos, pero sintió claramente su intensa mirada sobre su piel. Pronto, un cosquilleo cálido y familiar se extendió desde algún lugar dentro de ella, coloreando sus mejillas con el rubor más brillante. Después de entonces, Candy se preguntó muchas veces qué habría pasado esa tarde si ella se hubiese atrevido a mirarlo a los ojos. Sin embargo, en ese momento ella cerró los párpados lentamente, mientras sus dedos acariciaban la hierba. Respiró hondo, tratando de atesorar ese maravilloso momento en su mente. . . En lo profundo de su corazón, deseaba que la calidez de la mirada de Terry sobre su piel pudiera durar para siempre.

La campana del colegio sonó entonces, y Candy y Terry tuvieron que regresar a sus clases, ignorando que acababan de disfrutar del último momento de apacible comunión que se les permitiría compartir juntos en muchos, muchos años.